

Carlos Sander

Era de nuevo la soledad agazapada...



E pronto la voz anuló su materia
y el silencio tejió capullos de sollozos.
Del costado del alma descendió una neblina
que ahogó a la alegría más humilde.

Fué como el paso del rayo, como el breve
tic-tac de los relojes, como el crujido
que hacen los pasos en la arena.

De improviso la voz del amor suicidó su periferia
y retumbó en los abismos su carcajada pálida.

Era de nuevo la soledad agazapada en el hueco
de los nidos oscuros del rechazado olvido.

Era el vacío de los sumideros que mostraba
su desfile de olores cosmopolitas.

Y era el granito golpeando a flor de piel
para enseñar el estro del cilicio.

Sentí entonces la poderosa esfinge de tus ojos
cruzar con desenfado por mis estrechos túneles
y lanzar a los vientos su ovillo de paisajes
para estratificar en ellos los lamentos.

Hoy no quiero pensar en esperanzas
ni escudriñar el eco de tus pasos.
Desisto de indagarle a los días los latidos
que arroja tu corazón allá en los golfos.
No quiero pedir anillos de liviana tierra
en donde hacer florecer a mi corazón amargo.
No. No deseo ver tu arrepentimiento prematuro,
prefiero huir de tus besos inéditos y poseer
solamente los flúidos de tu alma increíble.
Ansío el grito de la noche y la serpentina
de mis penas que tiene rostros de pirámide
y que mira a los puntos cardinales con sus ojos
de serpiente celosa del veneno que dura.
¿Qué fuimos ante la vida o delante del mundo?
¿Pudimos conseguir los ancestrales humos
donde duermen los magos del faro alucinante?
¿Vislumbramos la luz de las luciérnagas,
o fué la antorcha de nuestros corazones
la que deslumbraba a nuestras carcajadas?
¿Qué somos? ¿Por qué el tormento nos persigue?

Preguntas que tienen acíbar preciso y lento
y que llegan a herirme acá en los forestales
reductos de mi llanto.

Hoy no percibo nada. No sé nada. No amo.
Sólo sufro con plenitud de metáfora marina;
yo soy el caracol sin vestiduras blancas
y soy el vidrio roto por la pedrada fiera.

No sé nada de nada y la nada me llega
por tu ausencia tremenda, por tu aroma de planta,
sólo creo en la hosca presencia de los días
y en la sed de tus besos lejanos y tardos.

Oh preguntas, oh peldaños de la tristeza fiera,
sentirse hombre en la fiesta del sollozo baldío,
ser muralla en la alfombra de la tibieza muda
y comprobar los ríos, sin manos y sin trenzas.
Mujer: Yo soy el hombre del canto y del madero,
el que habla del destino con muecas lapidarias,
el que puede mascar los hierros de tus fríos
y huir de tus abrazos por saberlos en fuga.
No sé nada de nada y la nada me llega,
por caminos de harina y por lenguas de fuego.
Hoy estamos lejanos y los bosques celosos
nos muestran sus muñones cercenados.
Todos curan heridas, todos tejen parábolas,
los montes y los hombres, mi alma y los aleros
de tus interrogaciones sin preguntas.